

Un amigo, un tesoro.

Tristán llega al cole, subido en su patinete eléctrico. Hace poco que vive en el pueblo y aún no tiene amigos, pero tampoco los necesita —dice siempre. En su bolsillo guarda un móvil que le regalaron y del que no se separa ni un minuto. Siempre está pendiente de las conversaciones de esos amigos a los que no ve, y con los que comparte muchas horas cada día.

En la mesa de al lado se sienta Vega que, al contrario que él, tiene tantos amigos que le faltan dedos en ambas manos para contarlos.

Hoy es un día emocionante pues les dan las vacaciones de Navidad. Como actividad especial, van a dedicar las últimas horas a escribir la carta a los Reyes Magos.

— ¿De qué color quieres la hoja de papel para escribir tus deseos? —Dice Vega—. Como veo que no tienes, puedes utilizar una de las mías.

—Lo escribiré en el móvil y lo imprimiré en casa. Ya sabes que no uso ni cuadernos ni libros. Hago todo en el ordenador.

—Pero la seño dice que...

— ¡No me importa lo que diga! —Contesta Tristán sin dejarla terminar la frase—. ¡Yo lo hago así y punto, no necesito de tus consejos!

Vega no hace caso de la contestación tan cortante, e insiste de nuevo con otra cosa:

—Esta tarde, que no hay cole, hemos quedado en el parque para jugar: ¿Quieres venir con nosotros?

—Tengo pendiente una partida en un videojuego en la que hoy se decide el campeón

absoluto. ¡Y voy a ser yo! ¡Por nada del mundo me lo voy a perder por salir con vosotros!

La música interrumpe la conversación y anuncia el final de las clases. Todos salen al patio. Tristán no pierde el tiempo y se dirige al aparcamiento para recoger su patinete e irse a casa. Vive en lo alto de la colina. Han decorado la casa con tantas luces, que parece de día.

Llega la noche. Los niños y niñas vuelven a casa con las mejillas coloradas, del frío viento que sopla en la calle. ¡Parece que va a haber una tormenta de las grandes!

Por su parte Tristán, no se ha movido de la silla en toda la tarde. La partida está a punto de terminar... su corazón late muy fuerte: ¡va a ser el campeón, solo quedan unos segundos!

Un trueno muy fuerte, seguido de un rayo que lo ilumina todo, deja sin luz el pueblo. Tristán emite un grito ensordecedor y lanza, con toda su rabia, el ordenador al suelo.

— ¡Toda la culpa la tiene que vivamos en este maldito pueblo! —dice gritando todavía.

Nadie le contesta en su casa. Es pronto aún, para que lleguen sus padres. Furioso, sale a la terraza. En el pueblo comienzan a verse pequeños puntos de luz. Están acostumbrados a estas tormentas y siempre tienen velas.

Revisa los cajones uno por uno ayudado de la linterna de su móvil, que parpadea anunciando que pronto se acabará la batería. No encuentra nada con que alumbrarse y, a oscuras, mira por la ventana maldiciendo su mala suerte. De repente recuerda que no ha impreso la carta para los Reyes y rompe a llorar desconsolado.

Vega, desde el pueblo, mira hacia la casa de Tristán y no ve nada, solo oscuridad. Abre la ventana y silba. De una rama cercana surge una lechuza, —la mensajera real—, que con sus enormes ojos la mira sorprendida.

—Hola querida niña: ¡Cuánto tiempo!

—Luz, ¡tienes que ayudarme! Tengo un compañero que me preocupa. Vive en la casa de la colina, que ahora está a oscuras. Él cree que todo lo puede con ayuda de su móvil, pero a mí me parece que está muy solo. No le veo hablar con nadie y ahora está allí aislado por la tormenta. ¿Podrías acercarte por favor, para ver si está bien?

Luz no necesitó escuchar más. Emprendió el vuelo y enseguida estaba llamando con su pico en el cristal de la ventana.

Tristán abrió con cuidado una rendija. Y escuchó lo que la lechuza decía:

—Me envía Vega. Estás aquí solo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Escribí la carta a los Reyes pero no puedo imprimirla porque no hay luz —dijo sollozando.

—Eso no es problema, ahora lo resolvemos —dijo convencida la lechuza.

Luz volvió a casa de Vega, recogió los folios, pinturas y bolígrafos que ésta le dio, y se los llevó a Tristán.

Al día siguiente en el pueblo, Tristán escucha contar a Vega: 99 y 100... ¡Toca esconderse para que no le pillen!

Esa Navidad aprendió lo que significa tener buenos amigos ¡y no lo olvidó nunca jamás!

Fin

Pilar Martín Bouzas.

Un amigo que está cerca es,
siempre, el más valioso de los
tesoros.

Cuando Tristán creció, siempre
contaba a sus hijos en Navidad,
aquella vez que despreció la ayuda
que le ofrecía Vega para escribir la
carta a los Reyes y a punto estuvo,
de quedarse sin enviarla.

Si queréis conocer la historia, solo
tenéis que seguir leyendo...

*Espero que
los Reyes Magos,
te traigan muchos
regalos.*

